

Prólogo

VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO

Crisol América. Roberto Fernández publica en España un nuevo libro sobre «escenas americanas de arquitectura y ciudad» fundadas en el pensamiento de Rodolfo Kusch. Una aportación más en su singular e intensa trayectoria crítica-histórica, siguiendo, como siempre ha hecho, el hilo conductor que le permite interpretar la compleja singularidad de América en su dimensión arquitectónica. Trasladar a esas coordenadas específicas el pensamiento indígena y popular indagado por Kusch pretende contribuir a una comprensión autónoma, a un discurso propio, que a lo largo de décadas se persigue con muy diferentes elaboraciones, conceptos y acentos a favor de la cultura arquitectónica latinoamericana.

Tomemos casi al azar algunas referencias sucesivas correspondientes a estímulos culturales. Hace un siglo Ricardo Rojas publicaba *Eurindia. Ensayo de estética sobre las culturas americanas* (Buenos Aires, 1924). Tras un siglo de independencia, en una coyuntura en la que la identidad, también arquitectónica, barajó la dualidad neocolonial y neindigenista, algunos de cuyos elocuentes ejemplos se muestran reunidos, los pabellones de las naciones americanas de la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929. A mediados del siglo XX, el mexicano Edmundo O’Gorman hacía lo propio con *La Invencción de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir* (1958), entendida como «programa de liberación y transformación». Juan, hermano de Edmundo, fue el arquitecto quizá más radical del funcionalismo mexicano, manteniendo ambas diferencias notables y cambios vitales de manera que mientras que Juan mutaba como pintor, Luís Barragán «fecundó» a Edmundo de arquitecto, al punto de elegirle para leer, en su impecable inglés, el discurso de aceptación del Premio Pritzker en 1980.

Valgan estas dos referencias del sur y del norte del continente, para apuntar el escenario complejo de la arquitectura latinoamericana, como manifestación destacada de la cultura en su globalidad, en el que el antropólogo Rodolfo Kusch emerge como referente medular del libro de Roberto Fernández. Kusch nace en 1922, en los tiempos en que Ricardo Rojas va a publicar *Eurindia*. Y en los años cincuenta su propósito de poner en solfa la hegemonía eurocéntrica ya se expresa en el libro *La seducción de la barbarie: análisis herético de un continente mestizo* (1953), y se consolida en *América profunda* (1962). En el noroeste argentino, desde donde se transitó hacia el Río de la Plata, su vinculación con el altiplano le permite alimentarse de los fundamentos andinos, comprenderlos y ofrecerlos. Contribuir a fijar las bases para una dialéctica americana, cuya solidez radica en «el viaje y la investigación en el mismo terreno». Ese vínculo se consumó en Maimará, en la Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy. En 1988, en el circuito argentino que me programó Marina Waisman, de permanente admiración y recuerdo, no alcancé a llegar allí, pues no pasé de los Valles Calchaquíes y Salta. Pero aprecié, aunque fuese de manera elemental, los «tiempos detenidos» que más tardé sentí en el Alto Perú.

Este libro de Roberto Fernández consume su conocimiento juvenil de Kusch, y contribuye a su difusión en nuestras coordenadas, intensificada en las últimas décadas, a fin de comprender «una especie de vacío de historicidad, como si la dimensión del espacio (natural) dominase y se antepusiera a la dimensión del tiempo (cultural)». De soslayo aparece la referencia al libro *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867* (1991) de David A. Brading, el historiador británico, enlazado con los dos grandes focos culturales mesoamericano y andino, que nos insistió en la defensa teológica de los indios por parte de Bartolomé de las Casas, exaltando sus culturas autóctonas; y nos narró la génesis del patriotismo criollo ya en el siglo XVII. En su libro, Brading trata de demostrar que, a pesar de la dependencia de Europa, sus cronistas «lograron crear una tradición intelectual que, por razón de su compromiso con la experiencia histórica y la realidad contemporánea de América, fue original,

idiosincrásica, compleja y totalmente distinta de todo modelo europeo». Roberto Fernández nos dice que «quizá un eje sustancial de este ensayo», reduce la trascendencia del debate entre José Ginés de Sepúlveda y fray Bartolomé de las Casas, al pertenecer ambos a la utopía europea frente a la ucronía americana.

La introducción establece el despliegue del proceso histórico sintetizando los atributos sociales y las distintas escalas en el uso del espacio, con comentarios sobre los efectos de esa naturaleza, y sobre las características de la arquitectura americana contemporánea «como manifestaciones culturales de las tensiones entre lo global y lo local». Los diez capítulos del libro operan mediante reflexiones duales, con un aprovechamiento de los planteamientos de Kusch. Y cuando procede trae a colación las referencias arquitectónicas, urbanas y territoriales, y también plásticas. Abre con la idea de resistencia frente a la de dependencia. Sigue con el rescate de lo arcaico y la identificación del pueblo con ello como categoría. Luego introduce el entendimiento positivo de lo oscuro. Y contra la ciudad burguesa como expresión del mestizaje criollo. En la segunda mitad sigue con el tema del estar «otro» y sus diferencias con el ascenso del «modus vivendi» cosmopolita. Dice, por la historia se reforma el suelo, como proyecto popular. Recordé «en el espacio leemos el tiempo», según enuncia de modo inverso Karl Schögel. O historia traicionada, en la reafirmación de culturas ucrónicas versus culturas utópicas. En el noveno binomio, sobre la dialéctica entre ficción y realidad, aparece la cuestión utopía / ucronía, que Fernández destaca como clave de su discurso. Pero en el décimo y último, «la integración histórica del atraso», del «choque mestizo», le permite utilizar, como ejemplos ilustrativos de «la cultura de las ucronías», los Jardines de El Pedregal, promoción inmobiliaria de Luís Barragán, y el Museo Xul Solar, de Pablo Beitía, mutados y anclado respectivamente. Nada que ver con los «margivagantes», la arquitectura fantástica en España que hace años reunió Juan Antonio Ramírez.

En *Crisol América* aparecen numerosas referencias a obras que procuran ilustrar los contenidos teóricos de un ciclo que en realidad no tiene fin. Pero no es una antología arquitectónica crítica, ni

tampoco es un libro de historia alternativo. Es una «textualidad» que toma el mando con el propósito de manifestar «este mundo neutro o abstracto de lo natural, haciéndolo más humano y denso, más histórico y habitable: en definitiva, un trabajo americano pendiente», como dice el autor al cerrar su ensayo. Un nuevo paso de una trayectoria personal admirable en su constancia y brillantez, desde que en los años ochenta comenzamos a seguirle, leerle y encontrarnos a uno u otro lado del Atlántico, aunque sin la frecuencia que hubiera deseado. La Escuela de Arquitectura de la Universidad de Sevilla se sumó modestamente a los lazos americanistas de la ciudad (Archivo de Indias, Laboratorio de Arte o Escuela de Estudios Hispano-Americanos), y con el plan de estudios de 1998 se formalizó la incorporación de una asignatura de Historia de la Arquitectura Iberoamericana. La intensidad y liderazgo con la que en Argentina se venía desarrollando el conocimiento y la difusión de los estudios histórico-críticos en lengua castellana germinó entre nosotros. De manera que trabajos de Roberto Fernández o Jorge Francisco Lier-nur se sumaron a los Marina Waisman o Ramón Gutiérrez, nuestras referencias principales, por otro lado, tan diferentes.

Goetáneo de los dos primeros, he seguido los pasos de sus trayectorias, aunque bien es cierto que con diversa intensidad en el tiempo. De Roberto Fernández quiero recordar dos artículos «Historia: Memoria y Laboratorio. Notas sobre problemas “centrales” y “periféricos” en el trabajo crítico-histórico», *Summa* (Buenos Aires, 215-216/1985), revista de la mayor difusión entonces, y «Deserto e selva: dall’astrazione al desiderio. Note sul dilemma del regionalismo nell’architettura latinoamericana», en el monográfico «Laboratorio Latinoamerica», preparado por Guido Canella en *Zodiac* (Milán, segunda etapa, 8, 1992), una de entre las diversas publicaciones internacionales que se fueron dedicando al subcontinente en aquellos años. La coyuntura conmemorativa de 1992, con la Exposición Universal, más allá de las controversias, también estimuló a la Junta de Andalucía a auspiciar y reunir los *Estudios sobre Arquitectura Iberoamericana* (Sevilla, 1990), bajo la dirección de Ramón Gutiérrez, donde Fernández participó con el capítulo «Flujos y nudos en la

circulación de las ideas en la cultura arquitectónica hispanoamericana», que cerraba diciendo: «El examen riguroso y desapasionado de los flujos nudos que han generado nuestra posición común y diversa en la Modernidad puede ser un buen camino para forjar una noción plural de identidad que se base más que en la agudización de lo diferente, en el reconocimiento de una *mismidad* signada por aquella circulación». Así seguía roturando los campos de su interés. Diez años después haríamos sendos textos introductorios para el catálogo de la *Segunda Biental Iberoamericana de Arquitectura e Ingeniería civil*, celebrada en Ciudad de México en el año 2000. Y al siguiente año participamos en la sección de cultura y ciudad del Tercer Seminario del DOCOMOMO Ibérico celebrado en Oporto: *Cultura: origen y destino del Movimiento Moderno. Equipamientos e infraestructuras culturales 1925-1965* (Barcelona, 2002)

1998 había sido un momento culminante de sus reflexiones, y de mi aprendizaje de Roberto Fernández, al publicarse *El laboratorio americano. Arquitectura, Geocultura y Regionalismo* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1998). Un libro «sobre aquella intentada experimentación de laboratorio de modernidad», entregado a desarrollar, por ejemplo, la «persistencia de lo previo», a explorar «la temática de lo híbrido», al desencanto o inseguridad de la intelectualidad liberal, y del formalismo en la estética de la modernidad. En la colección «Metrópolis» de Biblioteca Nueva le había precedido Antonio Fernández Alba, con quien había impulsado en 1994 la revista *Astrágalo. Cultura de la Arquitectura y la Ciudad*, en la que Roberto Fernández no dejó de publicar artículos y reseñas hasta 2002, fin de etapa, reactivada en 2015, con la colaboración de Carlos Tapia y la Universidad de Sevilla.

Mientras tanto, una perspectiva ambientalista se había consolidado en sus tareas, desde la dirección del Centro de Investigaciones Ambientales y la Maestría de Gestión Ambiental del Desarrollo Urbano, en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Con frutos constatables con libros como *La naturaleza de la metrópoli. Estudios sobre problemática y gestión ambiental metropolitana* (1999), *El proyecto final. Notas sobre las lógicas proyectuales* (2000), *La Ciudad Verde*.

Teoría de la Gestión Ambiental Urbana (2000), *Obra del Tiempo. Introducción a la Teoría y la Práctica de la Gestión Integral* (2007), *La noche americana. Ensayos sobre la crisis ambiental de la ciudad y la arquitectura* (2007), *Lógicas del Proyecto* (2007), y otros más publicados en Argentina. Hasta que volviera a hacerlo en España: *Arquitectura del espejismo. Ensayos sobre la ciudad mediática y el fin de lo público* (Málaga, Recolectores Urbanos, 2017), con prólogo de Carlos Tapia, su más próximo colaborador en nuestro entorno, autor también del *excursus* de este libro. Allí, nos decía que «Roberto Fernández nos regala, profundizar hasta el abismo el pensamiento que construye la arquitectura». Aquí, «que todo prólogo ha de no decir más que lo que no debe saberse anticipadamente (pro-logo) del texto, pero tampoco puede decir más de lo que allí se dice». De acuerdo con lo primero, espero que estas líneas respondan a lo segundo, siquiera sea de manera aproximada.

Preámbulo

Crisol América retoma argumentos de un anterior libro¹ que trabajaba sobre el concepto experimental del *laboratorio América* en un término que refería más a los *procesos* híbridos y controversiales respecto de la modernidad de la producción cultural.

La noción de *crisol* aludirá, en una dirección similar, más a los *resultados* o *productos* que a los enfoques o métodos, más a la condición resultante o emergente de aquella característica de mestizaje e hibridación que tal vez resulte la noción más precisa para describir un estado de situación que ligue lo cultural con lo etno-antropológico y lo geopolítico de nuestra cultura habitativa y arquitectónica americana. Es un intento de respuesta a la inquietud sobre lo auténtico-idéntico de un continente-sociedad demasiado estragado por el violento impacto de una colonización exitosa en el propósito de construir una *episteme Occidente*, que articulase en algo, dicho con matices, Viejo y Nuevo Mundo, camino de indestructible amalgama. Lo cual, a todas vistas, no ocurrió.

El concepto de *crisol* contiene, además, cierta reverberación arcaica ligada a las prácticas alquímicas y a procedimientos que aluden a experimentaciones inciertas de materiales heterogéneos, a veces relacionadas con prácticas y rituales culturales de orden más teogónico que científico, con resultados o efectos que a menudo eran adecuados a problemáticas y demandas de los sectores populares y su cotidianidad.

Lo cierto de aquella *episteme Occidente* es ser ficticia y fantasmal, ya que recubre una totalidad fracturada y diversa, entre una europeidad mundializada exitosa y de *final de historia*, montada sin memoria ni culpas asumidas, sobre una órbita de *marginalidad proveedora de naturaleza* que acaso llamamos América Latina —pero también

1. Fernández, R., *El Laboratorio Americano. Arquitectura, Geocultura y Regionalismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

Abya Yala— y que se cimenta en territorios perdurables y capas de sociedad yuxtapuestas, variables, mutantes o extintas.

Al final de cada momento histórico de protagonismos etnopolíticos determinados (etnias primarias-originarias-fundantes, colonizadores vicarios proveedores de sangre sub-europea a cierta mezcla que incluirá entre otros socio-productos al gaucho, etnias esclavizadas transportadas de trópicos africanos a latitudes semejantes caribe-brasileñas, ficciones sociales de repúblicas de pretensión formal liberal y función neocolonial, contingentes de inmigraciones marginales del Viejo Mundo, combinatorias múltiples de lo precedente en diversas figuras de mestizaje, neocolonizadores también vicarios de la actual fase de globalización), lo que queda es el *suelo*, aquello del origen o principio.

Sobre esa cuestión —específica de aquel primer libro— y de algunos otros trabajos propios, se inscribe otro filón convergente, que es una lejana aproximación a los fecundos trabajos del antropólogo argentino Rodolfo Kusch quién, de manera algo lateral, —y con un final fruto de la persecución política de la dictadura que lo aleja de sus cátedras salteñas y lo instala en un exilio andino definitivo en Maimará, Jujuy— unió pacientes trabajos de campo en el altiplano boliviano con profundas indagaciones sobre el ser-estar americano.

Gonocí a Kusch al inicio de mi carrera universitaria. Luego me tocó formar parte de un pequeño grupo de seguidores y estudiosos de su obra, después de su desaparición física y ostensible ocultamiento político, hasta que se produjo su re-descubrimiento en los 90 y, más todavía, cuando desde UNTREF se inició el ciclo de las *Jornadas sobre el pensamiento de Rodolfo Kusch*, que convocaron a especialistas y seguidores de muchas partes del mundo y, desde luego, de América. En sus V Jornadas, realizadas en Maimará en 2016, me tocó ser uno de los conferencistas invitados donde, además de visitar la casa-museo donde Kusch habitó su último tramo de vida, ofrecí una primera correlación entre algunas de sus ideas y la temática de mi indagación sobre el *Laboratorio Americano*². Ello

2. Leí allí mi trabajo *Kusch: Ética y estética americanas. Diez notas + una coda sobre la ciudad mestiza*, que esta inédito.

luego derivó en un escrito³ que sirvió para formar parte del posgrado en *Pensamiento Crítico Americano* promovido por UNTREF y la Universidad Católica Silva Henríquez de Chile, del que el presente trabajo supone una completa puesta al día, reescritura y extensión significativa. Más recientemente, nuestro filósofo-guía en este trayecto que emprendemos, cobró cierta notoriedad mundial al ser señalado por el Papa Francisco como un autor trascendente para entender lo popular-americano⁴.



3. Fernández, R., *Laboratorio americano. Tensiones históricas global/local en escenas de Arquitectura y Ciudad*.

4. Francisco, Papa, *Política y sociedad. Conversaciones*, con Dominique Wolton. Encuentro, Madrid, 2018, p. 38. Citado por Iván Fressia, en su ensayo *El pueblo es ante todo un símbolo. Kusch, la corriente argentina de filosofía y teología del pueblo*, en Miranda, J. et al (coord.), *Rodolfo Kusch Geocultura de un hombre americano*, Cresur-ULS-Untref, La Serena, 2020.

Introducción

Hacer inteligible el *proceso cultural de humanización* de los territorios naturales y entender las formas de construcción de las redes de asentamientos es uno de los cometidos principales del trabajo disciplinar de la historia: la materialización de los enormes insumos de tecnología sobre una porción de naturaleza sólo resulta visible y valorable desde la cosmovisión de larga duración aportada por el conocimiento histórico.

El libro de los historiadores urbanos italianos Gianfranco Caniggia y Gian Luigi Maffei⁵ sobre el origen histórico de las tipologías habitacionales, en realidad, iba mucho más allá, pues formulaba teorías sobre el proceso de ocupación humana de determinados territorios naturales que se basaban en previos estudios de campo diversos, especialmente en el Sahel africano.

La arquitectura, en su doble condición de forma de conocimiento y de práctica técnica —la primera mucho más abarcativa de objetos que la segunda no aborda— es un componente del proceso de ocupación/apropiación de los territorios naturales, componente que, en su vertiente exógena o propia de la imposición colonial, adquiere en América las características de una primera operación moderna en la condición de esa primera globalización o mundialización que se visualiza históricamente al final del SXV.

Desde otro punto de vista, la conciencia histórica de una sociedad puede tener diferente grado de desarrollo en cada organización social y de esa diferencia suele depender esa casi inasible noción de *identidad* o relación de una producción cultural con un contexto geosocial determinado. A veces, tal historicidad resulta ser casi consustancial de los imaginarios colectivos y, entonces, la producción cultural suele ser *segura*, oportuna, crítica y capaz de absorber de

5. Caniggia, G.-Maffei, G., *Tipología de la Edificación. Estructura del espacio antrópico*, Celeste, Madrid, 1995.

manera casi *digestiva* las innovaciones, los experimentos transgresivos o las aportaciones aventuradas de las vanguardias.

Se trata en tal caso de las circunstancias ambientales y procesos históricos dominados por cierta tendencia *conservadora* a la identidad —en este caso más bien homologías o reducción de las diferencias entre los sujetos sociales— y a la reproducción poco innovativa de *performances* consideradas como casi inmutables por dicha indiferencia social dominante que, a menudo, no excluye cierta caracterización propia de sociedades fuertemente estamentarias y jerárquicas en su conformación, tanto como limitadas en sus rasgos de movilidad social (entendible como posibilidad de pasaje de un estamento o estrato social a otro, genéricamente superior).

A veces —sobre todo, en las sociedades *aluvionales* o de cierta desestructuración o fluidez, como en el caso americano— esa historicidad no es ni *natural* ni automática; debe ser construida y elaborada e incluye un estado de necesidad de maduración socio-institucional.

En el primer caso —Europa, las culturas orientales, el mundo islámico— la producción de hechos urbanísticos y arquitectónicos *goza* (o *padece*, depende del punto de vista valorativo) del poderoso contexto de esa sedimentada historicidad, de esos depósitos de experiencias que pueden otorgar cierto espesamiento a la novedad, cierta urdimbre referencial a las *performances*, cierta imbricación de cada pequeña transformación de los asentamientos en vigorosas genealogías culturales habitativas.

En el segundo caso —América, Oceanía, África: siempre en el contexto de la *antropización moderna* de esos territorios, es decir, fuera de la disímil *tradición étnica vernacular premoderna*— el desarrollo de los proyectos urbanísticos y arquitectónicos, parece operarse en una especie de *vacío de historicidad*, como si la dimensión del *espacio* (natural) dominase y se antepusiese a la dimensión del *tiempo* (cultural).

La *debilidad* de la historicidad, principalmente americana, emerge como una *omnivalencia del espacio-territorio*, en la cual, por las tradiciones socio-productivas exógenas de las diferentes y variadas

colonizaciones, prevalece un excesivo perfil experimental, una socialmente inmoderada voluntad de *laboratorio* que parece posible manifestarse siempre en un *presente eterno* (o en una *sistemática novedad*: el eterno comienzo y su potencia alegórica del *génesis*) localizado en la magnificiencia del paisaje territorial.

Las cerca de 1200 ciudades fundadas por el proceso colonizador europeo —fundamentalmente el ibérico—, la concepción artefactual *ideal* de las Leyes de Indias o el plan de una completa cuadrícula prourbana del territorio norteamericano concebido por Jefferson, son algunas de las manifestaciones de esta suspensión de la conciencia histórica o temporal, en aras de una apuesta al control del espacio, una verdadera *anti-utopía*. Si en Europa, la *u-topía social* no tenía lugar, en América la *anti-u-topía espacial* (que así, deviene *u-cronía*) tiene exceso de lugar —incluso sensación de desamparo ante ese exceso, dado en el desierto o la selva—, siendo falente en cambio, el sujeto colectivo social: *sobra* espacio y *falta* sociedad, al revés que en Europa.

De allí, el modelo *nómade* del pionero, del inmigrante expatriado, del colono explotador: figuras carentes de tiempo/memoria/historia (que en cualquier caso, vía *nostalgia*, remiten a una historia en *otro* lugar) que sólo se constituirán como consumidores de territorio, como cazadores de paisajes, como experimentadores de adaptaciones que redujeran la desgarradora sensación del vacío, dado doblemente por la inmensidad del espacio —la *Hylea* humboldtiana— y la impuesta levedad de la memoria social, que puede ser predominantemente extra-territorial.

Pero, desde luego, la historia existe, dados 10 o 12 siglos ininterrumpidos de *existencia ambiental* (definible como *interacción cultural y productiva entre sociedad y naturaleza*): se trataría de reconstruirla, develarla y procurar transferirla a una creciente internalización *natural* en la conciencia social.

Y es que hay una historia de momentos, fases o capas —quizá interferidas u obliteradas por transiciones violentas entre fase y fase— que configura huellas o testimonios concretos, materiales y perdurables, que se sedimentan y acumulan en ese largo milenio de

historia (y más concretamente, en el medio milenio de historia *integrada o mundializada*).

Una lectura sintética de ese desarrollo nos debería permitir elaborar un *mapa* o matriz de tales sedimentos, tal que en lo vertical percibiéramos la densidad de las superposiciones acumuladas históricamente y en lo horizontal, el diferente despliegue de esa historicidad en niveles que como la *sociedad*, el *territorio*, la *ciudad* y la *arquitectura*, nos puedan ofrecer algunos signos del *desarrollo ambiental* (la sociedad antropizando los territorios y desplegando tecnologías habitativas y productivas ingenieriles y urbano-arquitectónicas) que habiliten una interpretación menos oportunista o experimental-innovativa y más socio-histórica o acumulativa de los procesos de transformación tecnológica del territorio, desarrollo urbano y producción edilicio-arquitectónica. Una lectura interpretativa que, por lo tanto, apunte a aumentar el espesor de la historia geosocial americana (que será tanto una historia global de lo americano como una multi-historia emergente de las microhistorias locales) y a reducir la sensación de actuación en el vacío del espacio, de despliegue de una axiología y una estética que ignora o minusvalora la temporalidad, al (centri) fugarse en la infinitud del territorio.

Si para Europa las investigaciones de Fernand Braudel⁶ y los *annalistes* supusieron la enorme novedad de descubrir el componente espacial de los procesos históricos, en América, el cometido histórico-crítico y las tareas de la teoría tienen que dar cuenta de la procesualidad temporal o histórica de las transformaciones del espacio, esa categoría imperativa de la civilización americana: el espacio, omnicompreensivo y polivalente, definió en la historia americana, tanto las categorías esenciales de la instalación humana (*gobernar es poblar*, decía el argentino Alberdi, saturar o anular la valencia

6. Braudel, F., *Civilización Material, Economía y Capitalismo: siglos XV-XVIII*, Tomo 1: *Las Estructuras de lo Cotidiano*, Tomo 2: *Los Juegos del Intercambio*, Tomo 3: *El Tiempo del Mundo*, Alianza, Madrid, 1984. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura económica, México, 1953.

desértica, mineral e inerte de lo territorial) cuanto los términos posibles de una estética americana, a caballo entre la abstracción y el pavor, entre la ausencia de marcas humanas y la voluntad de conjuros religiosos para pedir amparo de las sociedades débiles ante la violencia de la naturaleza.

La aparente modernidad argentina y del cono sur americano —a veces, demasiado confundida con una mera estética de la *abstracción*, ya que la verdadera cultura de la modernidad como epifenómeno de la modernización aquí también se entrevera con tradiciones conservadoras— queda espléndidamente resumida en el título del historiador Tulio Halperín Donghi, en que se refiere al proceso de institucionalización nacional de la segunda mitad del siglo XIX: *Una nación para el desierto argentino*⁷.

Un intento de definición del campo de procesualidad histórica de las diferentes escalas o marcos espaciales de la antropización americana implica correlacionar las categorías de territorio, ciudad (o sistemas de asentamientos, entendibles como núcleos de concentración espacial de actividades productivas y población) y arquitectura (definible tanto como edilicia o producción material de las formas de asentamiento productivo y poblacional y como arquitectura propiamente dicha, o sea actividad institucional técnico-cultural específicamente dedicada a la producción de algunos fragmentos diferenciales de dicha materialidad edilicia genérica) con el despliegue del proceso histórico en torno de los cambios de la sociedad. El siguiente gráfico intenta sintetizar estas categorías en sus fases históricas de desarrollo.

7. Halperín Donghi, T., *Una Nación para el Desierto Argentino*, CEAL, Buenos Aires, 1982.